

La historia como liberación nacional: creando un pasado útil para la Bolivia posrevolucionaria

History as National Liberation: Building a useful past for the post-revolutionary Bolivia

R. Matthew Gildner*

Resumen:

Apoyándose en nuevas fuentes archivísticas, este ensayo examina tres distintos, aunque interrelacionados, casos del uso de la historia promovida por el MNR. En primer lugar, el autor analiza la producción historiográfica nacionalista considerándola una revisión de la historia nacional que reinterpreta y reescribe el pasado asignando nuevos sentidos a determinados individuos, grupos y eventos. En segundo lugar, después de abril de 1952, los dirigentes del MNR procuraron enaltecer esta nueva historia, transformando el tiempo y el espacio cívicos con monumentos, murales y feriados nacionales. Por último, se analiza la profesionalización de la disciplina histórica. El liderazgo del partido sostenía que la historia había sido falsificada por la oligarquía. Al institucionalizar las normas epistémicas de prueba y objetividad, el MNR aseguró que la historia había de estar al servicio no solo de la nación, sino del partido.

* Universidad Washington y Lee, Virginia, Estados Unidos. Contacto: gildner@gmail.com

Palabras clave: Bolivia, Revolución de 1952, historia nacionalista, política cultural, disciplina histórica.

Abstract:

Consulting new archival sources, this study observes three different, but interrelated, cases of the uses of History promoted by the MNR. In first place, the author analyses the nationalist historiographical production considering it as a review of national history that reinterprets and rewrites the past assigning new senses to determined chosen individuals, groups and events. In second place, he states that after April 1951, the MNR leaders sought to praise the new history transforming civic time and space with monuments, murals and national festivities. Finally, the professionalization of the historical discipline is referred stating that the party affirmed that the oligarchy had falsified history and had institutionalized epistemic norms of proof and objectivity, assuring that history create had not only serve the nation, but also the party.

Keywords: Bolivia, 1952 Revolution, Nationalist history, Cultural politics, historical discipline

El primer paso para liquidar a un pueblo es borrar su memoria. Destruir sus libros, su cultura, su historia. Luego hacer que alguien escriba nuevos libros, manufacture una nueva cultura, invente una nueva historia. Pronto la nación empezará a olvidar lo que es y lo que fue.

Milan Kundera, *El libro de la risa y del olvido*

1. Introducción

“La revisión de la historia es una de las formas de liberación nacional”, acertó a decir el autor popular y militante emenerrista Augusto Céspedes. Fue en diciembre de 1956; Céspedes estaba discutiendo su último libro, *El dictador suicida: 40 años de historia de Bolivia*, la entrega más reciente de una historiografía revisionista escrita por los intelectuales del MNR y sostenida por el Estado posrevolucionario. El trabajo había sido criticado ferozmente por varios intelectuales prominentes. Quizás el más notable fue el Ministro de Educación, Fernando Diez de Medina. A su juicio, el contenido de esta obra era dema-

siado subjetivo y carecía de la documentación adecuada para ser considerado “Historia”. Escribiendo desde su acogedor puesto diplomático en Roma, Céspedes reaccionó en una actitud defensiva. “Como escritor de esa revolución, he publicado *El dictador suicida* con intención polémica”, declaró, “como aporte de un arma a la batalla nacionalista que libra Bolivia. Actualmente escribir la historia no es un deporte intelectual, es como fundir y templar un arma con la seguridad de que tiene que ser empleada en el combate” (Ibíd).

Esta reflexión de Céspedes sobre la necesidad de que el pasado sirva al presente, ejemplifica la función utilitaria que el liderazgo emenerista confirió a la historia nacional. Después de la fundación del MNR en 1941, Céspedes, junto a José Cuadros Quiroga y Carlos Montenegro, se dispusieron a reescribir la historia nacional. Los tres eran periodistas del diario paceño *La calle*, que, en cierto modo, fue la voz de la oposición nacionalista. Durante las décadas de 1940 y 1950 aplicaron su prosa mordaz y su agenda política a la historia, promoviendo una interpretación novedosa del pasado boliviano en publicaciones de distinta índole, como libros, folletos y ensayos. Se rechazó el esencialismo racial y los determinantes telúricos que caracterizan las cadenas dominantes de la historiografía liberal. En su lugar, explicaron el devenir histórico de Bolivia en términos de una dialéctica entre el nacionalismo y el colonialismo. Esta historiografía revisionista no sólo proveyó al MNR de la narrativa necesaria para contextualizar la lucha nacionalista y situarla como la vanguardia revolucionaria legítima; también se naturalizó la sociedad mestiza, pronosticada por el MNR por vincular profesionales de clase media, campesinos, trabajadores urbanos y mineros a través de una historia común de resistencia a la dominación neocolonial.

La historia constituye un componente integral del Estado-nación moderno, en la medida en que proporciona a las poblaciones que habitan un determinado territorio un imaginario colectivo de nación, circunscrito a un pasado común (Anderson, 1991; Hobsbawm, 1983). En las últimas décadas se ha profundizado la relación entre la historia y el Estado-nación moderno. La mayoría de los estudios se han centrado en esta relación en términos de filosofía de la historia, destacando la naturaleza problemática de la nación en la producción de la historia. En consecuencia, dichos postulados han criticado la nación al calificarla de ser el sujeto/objeto universal de la historia. Empero, sólo recientemente se ha comenzado a detallar de forma más puntual la aplicación y práctica de la historia en la construcción de las naciones, los nacionalismos y las identidades nacionales¹. En el caso de la Bolivia posrevolucionaria, Rossells

1 En el caso de México, por ejemplo, Tenorio (1998: 103-21) detalla la revisión y la conmemoración de la historia nacional durante el porfiriato. Véase también Florescano (2002:268-444). Enfocándose en la producción del conocimiento

(2003) y Gotkowitz (2007) han mostrado la importancia que el MNR asignó a la historia, mientras Rivera (2003) y Thomson (2003) mantienen que la historiografía nacionalista operó en el plano discursivo para “colonizar la memoria histórica”. Dada una presunta falta de fuentes archivísticas, sin embargo, sus investigaciones son limitadas al análisis textual de los libros, folletos y leyes de la época.

Apoyándose en nuevas fuentes archivísticas, este ensayo examina tres distintos, aunque interrelacionados, casos del uso (y/o abuso) de la Historia fomentado por el MNR. En primer lugar, se analiza la producción historiográfica nacionalista. La revisión de la historia nacional fue un proceso deliberado, dirigido a reinterpretar y rescribir el pasado, lo cual implicó a la vez la selección de determinados individuos, grupos y eventos, y la correspondiente adscripción de un nuevo sentido a ellos. Al centrarse en los textos fundamentales escritos por Céspedes, Cuadros y Montenegro, se explora el contenido político y social de su historiografía y su forma de relacionarse con el imaginario revolucionario emenerista. En segundo lugar, se da crónica a la conmemoración de la memoria histórica. Después de abril de 1952, los dirigentes del MNR, aprovechando la creciente burocracia cultural del Estado postrevolucionario, procuraron enaltecer esta nueva historia, transformando el tiempo y el espacio cívicos con monumentos, murales y feriados nacionales. Por último, se analiza la profesionalización de la disciplina histórica. El liderazgo del partido sostenía que la historia había sido falsificada por la oligarquía. Al institucionalizar las normas epistémicas de prueba y objetividad, el MNR aseguró que la historia había de estar al servicio no solo de la nación, sino del partido.

2. El MNR y la política del pasado

Durante la década de 1940 los intelectuales del MNR comenzaron a concertar su propia interpretación del pasado, elaborando lo que a finales de 1930 era una crítica dispar del Gobierno y la sociedad en un cuerpo distinto de la historia. El primer ejemplo identificable de la historia revisionista del MNR está contenido en el manifiesto fundacional del partido, “Bases y principios de acción inmediata del Movimiento Nacionalista Revolucionario”, escrito por el cochabambino José Cuadros Quiroga y publicado en junio de 1942. El folleto introdujo la ideología del MNR y trazó un bosquejo de su agenda reformista. Es significativo que Cuadros dedicara la mayor parte del folleto, no a criticar el

histórico en China, Duara (1995) demuestra el proceso por el cual la historia nacional niega otras manifestaciones de la nacionalidad.

presente ni a la configuración del futuro, sino a interpretar el pasado. Comienza el texto recordando a los lectores que las posiciones políticas e ideológicas del MNR “son confirmadas por la historia de nuestra propia Patria” (Cuadros, 1942:4), una declaración que muestra la importancia que el MNR asigna a la historia en la definición de su propia agenda revolucionaria. A continuación pasa a examinar la totalidad de la historia de Bolivia, desde Tiwanaku hasta la Guerra del Chaco.

El atraso de Bolivia, dice Cuadros, no fue el resultado de la biología ni de la geografía, como habían mantenido por mucho tiempo las corrientes dominantes de la historiografía liberal. Así se atribuyó la culpa más bien a la élite minera y terrateniente que ascendió al poder tras la Guerra Federal de 1899, quienes, a su juicio, se habían enriquecido a costa del pueblo boliviano. Cuadros presentó la historia nacional como una dialéctica entre las fuerzas auténticas de la nación, por un lado, y la oligarquía, por el otro. Fue la élite “antinacional” la que había permitido el ensanchamiento de la propiedad extranjera, de los recursos extractivos y de la infraestructura esencial, mientras los latifundios feudales mantenían a la población indígena en un estado de pobreza y atraso. En lugar de desarrollo, la consecuencia de cuarenta años del régimen liberal-oligárquico fue el continuo empobrecimiento y la exclusión política de los trabajadores, mineros y campesinos que representaban la auténtica nación boliviana. “El Progreso, proclama el manifiesto, nos ha hecho daño y no beneficio” (Cuadros, 1942:32).

En 1943, Carlos Montenegro amplió este relato en su obra *Nacionalismo y coloniaje*, una historia de la época republicana desde la perspectiva de la prensa nacional. El libro es ampliamente reconocido como un punto de inflexión en la historiografía boliviana. Montenegro elaboró la oposición binaria de nación/antinación introducido por Cuadros, estableciendo la dialéctica sobre la que descansa la interpretación nacionalista del pasado. La clase media, profesionales, trabajadores, mineros y campesinos, que representaban la auténtica nación boliviana, fueron reprimidos por la élite latifundista y minera de la oligarquía liberal, apodada “La Rosca”. A medida que la oligarquía monopolizaba la prensa y las imprentas, se perpetuaba una narrativa histórica



Carlos Montenegro

caracterizada por la “obra difundida” de Alcides Arguedas². En esta perspectiva antinacional del pasado, era el “extranjero” quien “concluye por ser sujeto y objeto exclusivo de la historia de Bolivia, y es él, no el boliviano, que se enaltece, ennoblece y fortalece con ella” (Montenegro, 1943:14). Ésta, a su juicio, no era la historia, sino la “antihistoria”, la cual negaba el verdadero pasado de Bolivia y constituía, no un avance en el tiempo, sino una “marcha hacia atrás”. Como consecuencia de esta “historiografía antibolivianista”, sostuvo que “el panorama histórico de Bolivia se [ofrece] sólo como una visión horrible” que niega la realidad nacional (Montenegro, 1943:75).

Con *Nacionalismo y coloniaje*, Montenegro buscó nada menos que “restablecer la verdad del devenir boliviano” (p. 13). La lucha por la independencia resultó ser un momento crítico por demostrar la posición política del MNR en ciernes. Tachó a la independencia como un movimiento intensamente popular y nacionalista que fue frustrado por las elites criollas. Los líderes de la independencia de Bolivia -Pedro Domingo Murillo, José Miguel Lanza y Esteban Arze- fueron ahorcados o marginados por la clase comercial ascendente una vez que se ganó la independencia en 1825. Así, la naciente república fue secuestrada por la elite antinacional -“una aristocracia de descendientes de los conquistadores, de nobles y grandes hacendados”- que mantenía las estructuras socioeconómicas de la colonia para su beneficio (p. 67). “La adopción de la estructura social, económica y aun política del coloniaje después de haberse conquistado la independencia, escribe Montenegro, produce algo como un ataque de parálisis en el cuerpo de la Republica” (p. 69). De esta manera, la historia se detuvo con la independencia sólo para ser reiniciada por el MNR después de 1952.

Este relato estableció una teleología que vinculó al MNR con lo que fue proyectado como una independencia frustrada. El historiador Luis Antezana sostiene que el MNR instituyó la Revolución de 1952 como una “nueva independencia” (Antezana, 1983:66). Sin embargo, hay una diferencia sutil pero importante por puntualizar. Silvia Rivera muestra que el MNR historizó su lucha no como una nueva independencia, sino como una continuación de la independencia original -es decir, una segunda independencia (Rivera, 2003). Al profundizar la medida en que los movimientos nacionales habían sido frustrados por los intereses antinacionales de la elite a lo largo de la historia republicana, Montenegro estableció una teleología que legitima la Revolución como la realización

2 Véase Arguedas (1975 [1909]). Es curioso que Montenegro excluye a Gabriel René Moreno de esta tradición historiográfica. Montenegro explica que sus “prejuicios raciales y (su) resentimiento” eran desafortunados, pero que de su juicio “no trasluce el afán de negación sistemática y falseamiento nacional imputables a la obra de Arguedas” (Montenegro, 2003; 1943: 74, n. 1.)

de la independencia. Al mismo tiempo creó una teleología antinacional que empezó con la independencia inconclusa y culminó en la Guerra del Chaco. Esta narrativa vinculó a los criollos que habían “secuestrado” la independencia con Hilarión Daza y el mar perdido; las tierras usurpadas por el caudillo infame Mariano Melgarejo con la expansión de la frontera latifundista bajo Ismael Montes; la política “antinacional” de José Manuel Pando con el autoritarismo de Bautista Saavedra; todo culminó en la Guerra del Chaco, el punto más bajo de la república y el recuerdo más reciente para muchos jóvenes que buscaban el cambio social.

Otro momento histórico crucial para la autodefinition del partido fue el período que abarca desde 1899 hasta 1935, una época marcada por el ascenso del partido liberal, la consolidación de la oligarquía terrateniente y minera, y la Guerra del Chaco. Aunque la legitimidad del MNR se basaba en la totalidad del pasado nacional, fue precisamente la historia de este período en el cual se podría definir más claramente su lugar en la historia y distinguirse de sus predecesores inmediatos. Fue Augusto Céspedes quien complementó esta narrativa con su obra *El dictador suicida: 40 años de historia de Bolivia*. Publicada en 1956, fue la primera historia de la era liberal. Relató el proceso de la consolidación del régimen oligárquico y sus consecuencias. El claro impulso detrás de su narrativa son las fallas y las injusticias del gobierno: la pérdida del Acre, la creación del Banco Central y su papel en la perpetuación del poder de la elite minera, la hipocresía y la violencia de Saavedra y, por supuesto, la Guerra del Chaco. Es revelador el hecho de que su tesis se base en la misma lógica de Montenegro, afirmando no solamente que la historia republicana fue una dialéctica entre “la oposición entre Bolivia y la anti-Bolivia, la soberanía económica y el capital financiero, el nacionalismo y el coloniaje” (Céspedes, 1956:260), sino también promoviendo una teleología que calificaba al MNR como la vanguardia nacionalista que “asume la función de agentes de la dialéctica histórica de Bolivia, revelándose contra su propio ambiente social e intelectual para encabezar la rebelión del pueblo” (p. 265). Así el MNR se presenta como el resultado inevitable de la dominación semicolonial bajo la oligarquía antinacional.

Además de proporcionar al MNR una históricamente-constituida legitimidad política, la historiografía revisionista naturalizó el imaginario social basado en mestizaje que el Estado posrevolucionario intentó llevar a buen término. La historiografía liberal había aludido a la hibridez étnica como una de las principales causas del continuo subdesarrollo de Bolivia. Las ideas de pureza de la sangre, tan en boga durante el apogeo del racismo científico y que tuvieron dos

asiduos representantes en Gabriel René Moreno y Alcides Arguedas, postulaban que el mestizaje no sólo constituía una amenaza moral y política para la república, sino un obstáculo para la democracia. Los nacionalistas, en cambio, rechazaron el determinismo biológico y geográfico, localizando los problemas nacionales en las estructuras socioeconómicas establecidas por la oligarquía. Después de todo, los desafíos que enfrentaba el MNR eran estructurales -resultado del capitalismo internacional y una arraigada elite oligárquica- y no biológicos. En *Nacionalismo y coloniaje*, por ejemplo, Montenegro afirmó: “ya que tal hegemonía clasista (estaba) fundada, no tanto en la tradición de sangre ni en el cimientamiento de los prejuicios, cuanto en la capacidad económica” (Montenegro, 1943:192). El MNR intentó valorizar el pasado indígena en la historia nacional para el presente mestizo.

El MNR le dio forma social y política al mestizaje a través de la reconstitución de una noción de “pueblo boliviano” en la historia nacional. La dialéctica nacional/antinacional situaba a las clases populares en la comunidad nacional por refundar como una coalición pan-étnica y multclasista unida en una lucha común contra la oligarquía. Cuadros, por ejemplo, caracteriza a la nación como inherentemente mestiza, afirmando que “Llevamos en nuestra sangre la herencia de los hijos del Sol” (Cuadros, 1942:39). La población indígena también fue incluida como el pueblo nacional. Pero como Laura Gotkowitz comenta de *Nacionalismo y coloniaje*: “Indios unirse con mestizos y criollos como componentes anónimos de un pueblo boliviano unificado, pero se borra la agencia política indígena” (Gotkowitz, 2007:172). Dotar al indio de un papel importante en la formación histórica de Bolivia amenazó menoscabar la sociedad mestiza imaginada por el liderazgo del MNR.

Aunque los indígenas bolivianos fueron incluidos en el imaginario histórico nacionalista, su pasado ocupó un espacio ambivalente dentro de él. Es cierto que la historia indígena figura en los textos centrales de la historiografía nacionalista, pero sólo en momentos particulares de insurrección. Por ejemplo, se pueden encontrar pasajes de las insurrecciones de la década de 1780 y, por supuesto, la figura de Túpac Katari; asimismo, se menciona el apoyo crítico del ejército liberal a Zárate Willka durante la Guerra Federal de 1898-99, así como los levantamientos de 1920 en Chayanta y Jesús de Machaca. Intelectuales movimentistas acomodaban estos momentos álgidos de la historia indígena a la historiografía nacionalista, calificándolos de momentos “nacionales” claramente definidos. Así, hechos como la Independencia, la Guerra del Pacífico y la Guerra Federal se convirtieron en referencias temporales en la que culmina o de la que emana la historia indígena. Luchando para conciliar estos diversos

y autónomos proyectos locales dentro de una narrativa que privilegió el rol del mestizo como protagonista de la historia nacional, los intelectuales del MNR desplegaron variadas estrategias para apropiarse del pasado indígena y acomodarlo a la teleología nacionalista.

Una maniobra fue la de colocar a los indígenas, junto a mestizos y criollos como parte del pueblo nacional. Un buen ejemplo de esto queda evidente en el tratamiento de Montenegro a los “hermanos Katari”. Como Sinclair Thompson señala, Montenegro combina las rebeliones contemporáneas con la rebelión de Túpac Amaru, el cual, a diferencia de la revuelta de Katari, disfrutó de la movilización multiclasista y pan-étnica entre criollos, mestizos e indios. De este modo, el levantamiento aymara queda limpio de “El aspecto inquietante de la polarización étnica y de clase” -componentes de la memoria histórica que no encajaban dentro de la emergente imaginación histórica nacionalista (Thomson, 2003:125). En cambio, los intelectuales nacionalistas convirtieron la rebelión de Katari en un “preludio de la Independencia”, una interpretación que fue activamente cultivada por el gobierno posrevolucionario (Valencia Vega, 1962). Colocando a Túpac Katari como un protomártir de la lucha nacionalista, la historia revisionista no sólo absuelve a la rebelión Katari de su dimensión problemática étnica (como señala Thompson), sino que incluye a la rebelión en la teleología nacionalista. La imagen de Katari fue rehabilitada para el consumo criollo, con el fin de valorizar el pasado indígena.

Otra estrategia que el MNR empleaba para dar cabida a la historia indígena dentro de la teleología nacionalista fue la reinterpretación de los momentos de insurrección indígena. Intelectuales nacionalistas despojaron de su verdadera índole a estos focos de rebelión indígena como un componente por demás problemático, en un intento de rejuvenecimiento étnico y de autodeterminación, al presentarlos, en su lugar, como ejemplos de la explotación oligárquica. Zarate Willka hace una breve aparición en *Nacionalismo y coloniaje*, como el “caudillo de las muchedumbres adictas indígenas” que, después de ayudar al triunfo del ejército liberal, fue ejecutado por los mismos liberales (Montenegro, 1943: 231). A igual que su interpretación de Katari, Montenegro ignoró el proyecto local subyacente a su apoyo al ejército liberal (Condarco Morales, 1965; Larson, 2004). En su lugar, este momento constituye un ejemplo de la traición y la victimización. Willka también hace una breve aparición en *El dictador suicida*. Céspedes escribe: “El Partido Liberal había alzado la bandera federal y utilizado a los indios para desorganizar al Partido Conservador; una vez conseguido su objetivo, el gobierno aprobó la Constitución unitaria y el cacique indio Willca [sic], que recordó sus promesas a los liberales fue fusilado”

(Céspedes, 1956:17). Una vez más, las razones que subyacen a la participación de Willka en el conflicto, puestas a luz posteriormente en el proceso de Mochosa, dejan de mencionarse. Más bien, él utiliza la ejecución del líder aymara como ejemplo de los crímenes perpetrados por la élite oligárquica.

3. El sustento de un pasado útil

La conmemoración sirve como el medio principal por la cual los Estados-nación perpetúan la memoria histórica. En un estudio sobre la relación entre la historia, la memoria y el Estado-nación, el historiador francés Pierre Nora sostiene que la modernización —la que define como el proceso de cambio producido por la innovación tecnológica y el capitalismo— está arrasando la memoria histórica. Con el fin de conservar la memoria rápidamente cayendo en el olvido del pasado debido a la “aceleración de la historia” que acompaña a la vida moderna, las sociedades crean “*lieux de mémoire*”, es decir, “sitios de memoria.” Los *lieux de mémoire* incluyen monumentos, archivos, libros de texto, museos y/o cualquier otro objeto, evento o institución pública que cristaliza un momento histórico para las generaciones presentes y futuras. “Sin vigilancia conmemorativa, afirma Nora, la historia no tardaría en ser arrasada” (Nora, 1989). Los sitios de memoria son especialmente importantes en la construcción de las naciones modernas, ya que proporcionan a la población una identidad nacional históricamente constituida que es al mismo tiempo universal y única. Cultivan un sentido de pertenencia a la “comunidad imaginada” que es la nación, por imbuir el espacio público con una memoria, un pasado común (Anderson, 1991).

El liderazgo emenerista pronto reconoció la necesidad de perpetuar la memoria, e inmediatamente después de la Revolución puso en marcha un esfuerzo sin precedentes para conmemorar la historia revisionista que los intelectuales nacionalistas habían venido desarrollando desde la década anterior. *Nacionalismo y coloniaje* fue la primera obra de la Biblioteca Paceaña, una serie de libros publicados por la municipalidad de La Paz para “hacer resaltar y dar a conocer la transcendental labor de los escritores locales de mentalidad revolucionaria” (Municipalidad de La Paz, 1953:124). La Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura (SPIC), la bureau propagandista del gobierno postrevolucionario, también se dedicó a la difusión de la historiografía nacionalista. Entre las publicaciones dedicadas a tal propósito estaba el Álbum de la Revolución Nacional, un volumen conmemorativo escrito por el joven militante José Fellman Velarde, que contextualiza la Revolución dentro de la larga historia de

Bolivia (Rivera, 2003). Del mismo modo, con la *Sinopsis de la historia de Bolivia*, un manual de capacitación de maestros, el director del Instituto Indigenista Boliviano, Félix Eguino Zabala, procuró asegurarse de que la interpretación nacionalista sea incluida en la educación secundaria.

Con las instituciones estatales cada vez más afianzadas, el gobierno postrevolucionario se encargó de infundir el tiempo secular con la memoria histórica nacionalista. En los meses inmediatamente posteriores a la insurrección de abril, los funcionarios estatales introdujeron un calendario revolucionario que conmemoraba momentos importantes en la lucha nacionalista revolucionaria. El “Día de la fe nacionalista” (5 de mayo) honró las luchas altruistas de los ciudadanos; el “Día de los mártires de la revolución nacional» (21 de julio) reverenció a todos aquellos que habían sacrificado su vida en nombre de la Revolución; el «Día del trabajador fabril» (18 de mayo) exaltó la participación de los trabajadores en la lucha revolucionaria al conmemorar la masacre de Villa Victoria, en 1950. De hecho, el calendario revolucionario era tan extenso que en 1955 el arzobispo de La Paz se lamentó de que “los feriados civiles proliferaron exageradamente” y pidió al presidente “reducir los días feriados” (ABNB/Oficios varios).

Los dirigentes del MNR también se ocuparon de renombrar calles y plazas con nombres de héroes revolucionarios y autorizaron la construcción de monumentos y murales para conmemorar figuras importantes de la historiografía nacionalista. El Gobierno bautizó la calle Montenegro en San Miguel después de la muerte del ideólogo emenerrista más importante, en marzo de 1953; asimismo, bautizó una plaza en Miraflores con el nombre Gualberto Villarroel, el presidente militar reformista que fuera derrocado y luego ahorcado por una turba enfurecida el 21 de julio de 1946. La plaza se convirtió en el sitio idóneo para emplazar el Monumento a la Revolución Nacional. Era “necesario perpetuar la memoria de la lucha nacionalista” -declaró Paz- “como expresión de reconocimiento popular y para ejemplo de las generaciones futuras” (D.S. N.º 3126). Abierto al público el 23 de agosto de 1964 (fecha que conmemora la muerte de Germán Busch), el monumento refleja la historia nacionalista en casi todos los aspectos de su diseño. La portada es un mural en relieve de concreto, diseñado por Hugo Almaraz, que lleva un cóndor y un revolucionario mestizo-urbano en el centro. Está flanqueado a la izquierda y a la derecha, primero por fabriles y mineros, y luego, en los bordes exteriores, por campesinos armados. Abajo se lee: “La victoria nacional del 9 de abril de 1952 dio libertad al pueblo boliviano”. Una vez dentro, los visitantes fueron rodeados por cuatro murales gigantes pintados por Miguel Alandia Pantoja y Solón Walter Ro-



Augusto Céspedes

mero, cada uno de los cuales ofrece una representación de la interpretación nacionalista de la historia.

Mientras que los monumentos, murales y feriados nacionales reflejaron individuos, hechos y fechas claves de la historiografía nacionalista, la figura más importante en el panteón de los héroes nacionalistas venerados por los esfuerzos de conmemoración posrevolucionarios fue, sin duda, Gualberto Villarroel. Durante los años posteriores a su muerte, los líderes del partido transformaron al presidente caído en un mártir que encarnaba las aspiraciones democráticas de los trabajadores, los campesinos y los pobres. Su derrocamiento representaba la traición de la oligarquía, la encarnación misma de la antítesis

nacional. Desde el exilio en Buenos Aires, durante la década de 1940, Paz Estenssoro había defendido continuamente las acciones del régimen de Villarroel, otorgándole las virtudes de un mártir (IIHS/MNR). Al salir victorioso en abril de 1952, el MNR continuó exaltando a los líderes caídos, definiendo a los años comprendidos entre la caída de Villarroel y la Revolución como “el sexenio”. Éste fue un importante instrumento retórico que creó un vínculo inquebrantable entre las reformas del gobierno de Villarroel y la Revolución. De esta forma, el año 1946 se erige como un momento de contrarrevolución, y los regímenes oligárquicos militares son vistos como un interregno del triunfo inevitable de las fuerzas nacionalistas que culmina el 9 de abril.

Al establecer este vínculo entre Villarroel y la Revolución, el MNR intentaba definirse a sí mismo y demostrar su legitimidad política. Con el sexenio, el MNR podía proyectar hacia atrás y subsumir todas las luchas populares dentro de los auspicios del nacionalismo revolucionario. Quizá el ejemplo más sobresaliente de este discurso sea la ley de amnistía general del 22 de julio de 1953, que absolvió a todos los campesinos y obreros que se rebelaron en contra de la oligarquía durante el sexenio (D.S. N° 3129). La ley postula que “durante los seis últimos años del régimen oligárquico fueron iniciados varios procesos criminales contra trabajadores del campo y de las minas por actos originados en un estado de malestar social, y que por tanto son de carácter político” (Ibíd).

Concluye que “es deber del Supremo Gobierno reparar las injusticias de que han sido víctimas los indicados trabajadores para restablecer el imperio de la ley y de la justicia social” (Ibíd). De esta manera, el MNR incorporó discursivamente estas acciones subversivas a la lucha nacionalista, a la vez que el partido se ubicaba en el lado correcto de la historia como heraldos de la justicia social.

La conmemoración de Villarroel, no obstante, resultó ser una pesada carga para el nuevo gobierno. Aunque Villarroel gozó de una posición encumbrada en la memoria histórica del MNR, su presidencia, sin embargo, aún era vista como contestataria en el imaginario histórico nacional. Tras la caída de Villarroel y el posterior encarcelamiento o exilio de los principales líderes del MNR, la oligarquía calificó al régimen de “jacobino”, y el derrocamiento de Villarroel como una sangrienta revolución popular en la que la libertad y la democracia habían triunfado sobre el totalitarismo y el fascismo. El líder del PIR, José Antonio Arze, quien fue exiliado por Villarroel, publicó varios folletos en la prensa de EE.UU, denunciando al régimen y calificándolo de nazi (Arze, 1945). Alfredo Sanjinés G. equiparó el derrocamiento de Villarroel a la declaración de independencia de Murillo de 16 de julio de 1809. Carlos Núñez de Arco se refirió a este evento como “la revolución más democrática en la historia de Bolivia” (Núñez de Arco, 1946:4). Otros, como Preigue Romero, defendieron la violencia de la muchedumbre, justificando el linchamiento de Villarroel como “consecuencia de la culminación de un movimiento revolucionario” (Romero, 1946:211).

La memoria histórica del derrocamiento de Villarroel había sido transformada por los que apoyaron la restauración de la oligarquía en un levantamiento popular y profundamente democrático. Por eso conmemorar de esta manera al mártir de la Revolución requirió de un esfuerzo para rehabilitar a Villarroel en la memoria popular. Poco después de la Revolución, durante los días previos a la conmemoración del sexto aniversario del asesinato de Villarroel (el 21 de julio), el Presidente Paz promulgó una serie de decretos supremos para recordar al difunto Presidente. A través del Decreto Supremo N° 3123 se estableció el ya mencionado “Día de los mártires de la Revolución Nacional”. Con el Decreto Supremo N° 3125 se elevó el rango de Villarroel en el ejército y se fijó una pensión para sus familiares sobrevivientes. Por último, mediante el Decreto Supremo N° 3127 se declaró como “héroes y mártires de la Revolución Nacional” no sólo a Villarroel, sino a todos los que perdieron sus vidas en ese trágico día. Es revelador el hecho de que el MNR aprovechó esta fecha para promulgar la ley de sufragio universal. Una vez más se daba continuidad

a la historia nacionalista, vinculando las luchas del pasado al presente revolucionario.

El Gobierno también desplegó al SPIC para ayudar en la rehabilitación de la figura de Villarroel. En 1954, la oficina de propaganda publicó el folleto *Coronel Gualberto Villarroel: su vida, su martirio*, con motivo de inaugurar la nueva Academia Militar “Coronel Gualberto Villarroel”. El autor, Gualberto Villarroel Olmos, lo presenta como un mártir heroico que se mantuvo firme hasta su muerte y, en consecuencia, un buen ejemplo para “Bolivia y la América toda, lo que es un militar boliviano cuando trata de cumplir con su deber” (Villarroel Olmos, 1954:47). Asimismo, relata que Villarroel tuvo la oportunidad de abandonar el Palacio Quemado en la mañana del 21 de julio, pero “con dignidad y honradez permaneció en su puesto para convertirse desde ese momento en símbolo eterno del sacrificio y de la redención de su pueblo” (Ibid). Además de esto, el autor rechaza las supuestas simpatías fascistas de su gobierno, tachándolas de mera propaganda, y haciendo hincapié en su agenda reformista. Escribió que Villarroel “acometió medidas de orden institucional, preocupado únicamente del proceso material y moral del país y de la liberación económica de la nación” (p. 25).

En 1955 y con el mismo fin, el SPIC publicó dos obras más: *Culpables*, un manuscrito inconcluso escrito por Carlos Montenegro, que intentó incluir a Villarroel en la categoría de “nacional” y “popular”. Frente a las acusaciones de la violenta tendencia de su régimen, buscó por todos los medios mostrar la moderación de su gobierno frente a las protestas cada vez más violentas encabezadas por la oligarquía. La muerte de Villarroel, proclamó, “es el holocausto ofrecido en salvación y defensa del pueblo como lo había sido su vida que empleó en dignificar, elevar, y ennoblecer a las clases populares” (Montenegro, 1955: 29). El segundo libro publicado por la SPIC, *Álbum de la Revolución Nacional*, se benefició del poder de las imágenes del linchamiento de Villarroel con la publicación de fotos sangrientas del presidente colgado en plena Plaza Murillo. “Su sangre es el precio para la libertad”, se puede leer en el texto que acompaña la foto. Silvia Rivera sostiene que este álbum dejó un legado en la figura de Villarroel, colocándolo como sucesor de los que habían luchado, primero por la independencia política (Murillo, Bolívar y Sucre), y posteriormente por la independencia económica de Bolivia (Toro, Busch, Paz, Siles). Visto como tal, el gobierno de Villarroel representa un momento de auténtico anhelo nacionalista frustrado por la violencia antinacional, y a su vez reafirma el contexto histórico del sexenio como una lucha revolucionaria que culminó en 1952.

4. La profesionalización de la historia

Además de estructurar el tiempo y el espacio cívico con el fin de conmemorar la historiografía nacionalista, el gobierno posrevolucionario se propuso profesionalizar la disciplina histórica. Desde la perspectiva de la intelectualidad nacionalista, la historiografía liberal tenía sus raíces no sólo en la ideología antinacionalista oligarca, sino también en la carencia de fuentes primarias. Para asegurar que la revisión de la historia procedería sobre la base de una evidencia verificable, el gobierno posrevolucionario estableció la Comisión Nacional de Historia (CNH) por decreto supremo en abril de 1954. El decreto manifiesta que la historia nacional había sido “falsificada” de acuerdo a “los intereses de las clases que dominaron Bolivia hasta el 9 de abril de 1952” (D.S. N° 3708). La misión principal de la nueva oficina estatal no estaba directamente relacionada a la publicación de textos históricos; más bien fue la encargada de facilitar el acceso y revisión de fuentes primarias a través de la recopilación de información presente en todos los archivos públicos y privados, así como la adquisición y organización de la documentación existente en los repositorios nacionales. Al “confrontar la historia escrita con las fuentes documentales auténticas conservadas en los archivos oficiales y particulares”, la CNH podría “reconstruir la verdadera Historia de Bolivia para que la ciudadanía conozca su auténtico pasado” (Ibid). Si la prácticamente nula disponibilidad de fuentes primarias había resultado en la distorsión de la historia nacional, el compromiso de una epistemología científica basada en fuentes primarias y desprendimiento objetivo no solo revelaría el verdadero pasado de la república, sino que confirmaría la historiografía nacionalista.

La generación de intelectuales que llegaron al poder con la Revolución invirtió el gran valor en la capacidad de los documentos textuales para revelar una sucesión de hechos objetivos sobre los cuales podría reconstruirse la historia nacional. Con la creación de la CNH, intelectuales nacionalistas y el gobierno comenzaron a trabajar conjuntamente para institucionalizar una “historia científica”. La reconstrucción del pasado, afirmaban, debía fundamentarse sobre la epistemología científica. Se trataba sin duda de una reinterpretación del positivismo histórico que Gabriel René Moreno y Alcides Arguedas habían intentado alcanzar medio siglo antes. La única diferencia radicaba en las pruebas objetivas sobre las cuales se verificaban sus argumentos, “datos brutos” prácticamente ausentes en la obra de Arguedas y otros historiadores del siglo XIX. Es en este sentido que la CNH posibilitaría que estas pruebas objetivas,

es decir, los sistemas nacionales de archivos y bibliotecas, sean comprensibles, abiertos y de acceso público.

En lo posterior, La CNH sería la encargada de asegurar que la historia nacional sea escrita conforme a la metodología científica, y que los prejuicios raciales y clasistas nunca más mancharan el análisis histórico. Para dirigir este esfuerzo, Paz nombró a Manuel Frontaura Argandoña, un notable abogado y diplomático chuquisaqueño, conocido por su monografía *Linares, el presidente civil* (1948). Con el fin de establecer una base documental sobre la que se podría asentar la verdadera historia nacional, la CNH realizó un censo nacional de archivos y bibliotecas. Fue un proyecto sin precedentes, destinado a codificar el pasado documental mediante la identificación de todas las bibliotecas y los fondos archivísticos del país. Para incrementar la capacidad institucional y ampliar el alcance geográfico de la CNH, en 1955 el Ministerio de Educación creó subcomisiones distritales de Historia dirigidas por un “profesor decano de historia” en cada distrito escolar de la nación (UNAR, 2-3). Los profesores de cada subcomisión debían presentar al Comité Central en Sucre, no sólo copias de los catálogos de las bibliotecas de su distrito, sino también informes detallados de todas las colecciones de archivos públicos y privados (Ibid, 2). La CNH buscó elaborar un inventario nacional de la documentación existente y, de este modo, facilitar la revisión de la historia.

Como parte de este esfuerzo, la CNH también promovió la adquisición y organización sistemática de materiales de fuentes primarias. Desde que fue nombrado director de los Archivos Nacionales en 1944, Gunnar Mendoza había demostrado un serio compromiso en la aplicación de los métodos más modernos de bibliotecología para organizar los repositorios nacionales (Mendoza, 1967; Oporto, 2004 y 2006). Después de la Revolución, el apoyo estatal a este ambicioso proyecto, con fondos del Ministerio de Educación destinados a la adquisición de la documentación histórica, permitió a la CNH la compra de bibliotecas y colecciones archivísticas privadas entre 1954 y 1955, así como su depósito en el Archivo Nacional. El infatigable Mendoza trabajó incansablemente en la catalogación, no sólo de las nuevas colecciones sino también de las ya existentes. En 1956 se presentó a Frontaura el primer resultado de esos esfuerzos: *Documentos inéditos para el estudio de la minería colonial en Potosí, 1549-1825*, explicando que “se ha organizado este material en forma sistemática, de suerte que el investigador pueda de inmediato entrar de lleno a su labor de estudio” (ABNB/GML). Asimismo, Mendoza informó: “Se ha hecho una recopilación de materiales publicados relativos a los diversos aspectos de la evolución nacional, cuyos resúmenes catalográficos se están ordenando crono-

lógicamente, a fin de orientar la consulta de acuerdo con la sucesión de épocas históricas” (Ibid).

Otro componente de las nuevas prácticas epistemológicas promovidas por el Estado postrevolucionario fue una notable atención a la objetividad científica. Los hechos objetivos debían ser la base de la historia postrevolucionaria, una suerte de pruebas históricas extraídas de depósitos archivísticos, limpias del prejuicio social y credo político del autor. Las fuentes primarias adquiridas, organizadas y sacadas a la luz por la CNH proporcionarían la base para la nueva historia de Bolivia. Con estos documentos, el pasado hablaría por sí mismo y la historia nacional finalmente estaría libre de juicios morales y preocupaciones propias del presente, que habían sido las responsables de su distorsión durante tanto tiempo. Frontaura refleja claramente esta opinión en un informe dirigido al Ministro de Educación Federico Álvarez Plata, en diciembre de 1955, indicando que “La revisión de la Historia no se hará por el procedimiento polémico, o sea refutando los errores que pudiesen contener las obras sobre historia de Bolivia ya publicadas”. En cambio, “la Comisión ha preferido adoptar el sistema científico, revisando cuidadosamente las fuentes históricas para registrar los acontecimientos, con la mayor probidad, en sus publicaciones” (ABNB/MEDBA, 1). De esta manera, Frontaura pone de manifiesto la filosofía que subyace a la misión rankeana de la CNH, es decir, el suministro de pruebas documentales con el fin de presentar el pasado “como realmente era”.

Este emergente compromiso con la objetividad histórica se hace visible en la respuesta crítica a *El dictador suicida*, de Augusto Céspedes. El libro es sin duda emocional y personal, y deja al descubierto lo poco que había hecho Céspedes para ocultar sus motivaciones políticas, presentes en toda la obra. El texto incluye un prefacio especial, una “Guía autocrítica para el lector,” en la que se alerta a los lectores de la naturaleza “tendenciosa y complicada” de la obra. Confirmó, sin embargo, que la suya era “una obra leal con la verdad objetiva”. El “subjetivismo hipercrítico” del libro “no ha complicado en la falsificación de hechos. Los hechos referidos son verídicos”, aseguró a sus lectores (Céspedes, 1956: 9-10).

No obstante, el revisionismo de Céspedes divergió notablemente de la epistemología científica promovida por el Estado. Poco después de su publicación, *El dictador suicida* fue resumido por Fernando Diez de Medina, quien como Ministro de Educación supervisó en persona a la CNH y a Frontaura en esta tarea. Como prueba del cambio más visible en la epistemología histórica de Bolivia después de 1952, Diez de Medina recordó a sus lectores que la historia

“es una ciencia y un arte a la vez” (Diez de Medina, 1956: 76). *El dictador suicida*, proclamó al público letrado, “no es obra de Historia”. Al hacer una afirmación tan contundente sobre el contenido de un libro de historia escrito por uno de los autores más célebres del país, sostenía que el texto no cumplía con las normas básicas de la objetividad histórica. La política había oscurecido la capacidad de Céspedes para interpretar adecuadamente el pasado. El resultado fue que “épocas, hombres, [y] hechos aparecen deformados”, y que “Ni hechos, ni hombres fueron como él los ve” (Diez de Medina, 1956: 77). Concluyó diciendo que “es necesario restituir a la historia su dignidad de ciencia, de arte de espejo normativo de la sociedad”, recordando a los lectores la necesidad de permanecer comprometido con una objetividad histórica basada en el método científico (p. 78).

Guillermo Ovando Sanz, el destacado historiador formado en Chile y fundador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Tomás Frías de Potosí en 1956, fue también un crítico de la obra de Céspedes. A diferencia de Diez de Medina, Ovando Sanz le reprocha el no incluir notas bibliográficas, y aprovecha esta observación para desarrollar más detalladamente pasajes en torno a la producción de la historia nacional. “El que escribe sobre historia en Bolivia, escribió, tiene como obligación, citar las fuentes de información para que éstas sirvan también a otros estudiosos que puedan interpretar los hechos en forma semejante o en forma diferente y aportar a su vez nuevos documentos” (Ovando Sanz, 1957: 5). Además, elaboró una lista de conocimiento de los libros a los que Céspedes hizo referencia, y puntuó los otros que sospechaba se habían usado. La recepción crítica de *El dictador suicida* reflejaba la necesidad de desarrollar una historia profesionalizada, regida por los más rigurosos estándares para el tratamiento de las fuentes y la objetividad científica.

En 1957, con la crisis financiera establecido por el plan de Eder, los esfuerzos del Gobierno para profesionalizar la historia estaban perdiendo impulso. Ya en 1956, Mendoza, quien había remplazado a Frontaura como director de la CNH, tuvo que solicitar al Ministerio de Educación el pago retroactivo de todo su personal (ABNB/GML, 2). Para 1962, la CNH desaparece del registro documental; no obstante, otras instituciones tomaron parte activa en el trabajo empezado por el CNH. Por ejemplo, la Academia Boliviana de la Historia empezó a jugar un rol protagónico en la profesionalización de la Historia. Por otra parte, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Tomás Frías también intentó impulsar el desarrollo de una historia científica (Ovando Sanz, 1958). Sin embargo, no fue sino hasta 1966 que la Universidad Mayor de San Andrés confirió el primer título en Historia, y en 1971 se

fundó la Carrera de Historia, la primera del país, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo primer director fue Manuel Frontaura Argandoña (Abecia, 1973:93).



5. Conclusión

De los caudillos a los conservadores, de los liberales a los republicanos, los políticos bolivianos sometieron la historia nacional a una constante revisión, a la vez que libraban disputas por el poder en el turbulento escenario político nacional. No obstante, ninguno de ellos utilizó el pasado con tanto éxito y lo monopolizó como totalidad como el MNR. Con el establecimiento del partido en 1941, los intelectuales nacionalistas iniciaron una campaña concertada para revisar y replantear la historia nacional. El hecho de haber crecido durante una época marcada por la guerra, y a la vez haber experimentado la realineación política y reforma social, hizo que los abogados, políticos y periodistas de la clase media que constituían la vanguardia del MNR fueran plenamente conscientes del poder de la Historia. Reconocieron que lo que estaba en juego no era únicamente el pasado, sino el presente e incluso el futuro. Si el MNR iba a tener éxito en redefinir la relación entre el Estado, la sociedad y la economía, era necesario proporcionar una nueva interpretación del pasado arraigado en el partido, utilizando el nacionalismo como marco contextual e interpretativo de las reformas, naturalizando así esta visión de la sociedad postrevolucionaria.

Este ensayo ha explorado los esfuerzos del MNR para revisar, recordar y profesionalizar la disciplina histórica nacional durante el período que va desde la fundación del partido, en 1941, hasta el inicio de la fase militar de la Revolución, en 1964. En los libros, folletos y discursos, el partido reformuló la historia nacional como una dialéctica entre las fuerzas antinacionales de la elite oligárquica por un lado, y las fuerzas populares de la nación auténtica, por el otro. Después de abril de 1952, los dirigentes del MNR aprovecharon la creciente burocracia cultural del Estado para conmemorar esta historia, y a la vez reafirmar su propio estatus como la vanguardia nacionalista. A través de la creación de monumentos, murales y feriados nacionales, el partido transformó el tiempo y el espacio cívicos, persiguiendo asegurar la persistencia de una memoria histórica forjada, en gran medida, por intelectuales nacionalistas durante las dos décadas precedentes a la Revolución. Al institucionalizar las normas epistémicas de prueba histórica y objetiva, la dirección del partido buscó asegurar que la producción de conocimiento histórico se perfilase como “científica” y “nacional” en el futuro. Al proporcionar una interpretación del pasado que contextualizaba el presente revolucionario, la historia servía como un agente de liberación nacional para la clase criolla-mestiza, que sigue gobernando un país cuya población es en su mayoría indígena.

Recibido: octubre de 2012

Manejado por: I.V.E.

Aceptado: noviembre de 2012

Referencias

1. Abecia Baldivieso, Valentín. 1973. *Historiografía boliviana*. La Paz: Juventud.
2. ----- 2006. *Entre la historia y la vida: entrevista de Marcela Inch C. Sucre*.
3. Anderson, Benedict. 1991. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York: Verso.
4. Antezana, Luis H. 1983. "Sistema y proceso ideológicos en Bolivia". En: *Bolivia, hoy*, editado por Rene Zavaleta Mercado, pp. 63-84. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
5. Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB). Archivo de la Dirección (AD). Correspondencia, 1954-58. Alfredo Romero Téllez a Gunnar Mendoza Loza, 31 de agosto de 1955. Sucre, Bolivia.
6. ----- Colección Gunnar Mendoza Loza (GML), Parte I. Gunnar Mendoza L. a Manuel Frontaura Argandoña, 6 de octubre de 1956. Sucre, Bolivia.
7. ----- Presidencia de la Republica (PR). Correspondencia. 1955. Ministerio de Educación y Bellas Artes (870/415). Manuel Frontaura Argandoña a Federico Alvarez Plata, "Informe relacionado con las actividades de la Comisión de Historia Nacional durante el año 1955," 31 de diciembre de 1955. Sucre, Bolivia.
8. ----- Presidencia de la Republica (PR). Correspondencia. 1955. Oficios Varios 7 (863/412). Arzobispado de La Paz a Víctor Paz Estenssoro, 8 de marzo de 1955. Sucre, Bolivia.
9. Arguedas, Alcides. 1975 [1909]. *Pueblo enfermo*. La Paz: Gisbert & Cía.
10. Arze y Arze, José Antonio. 1945. *Bolivia bajo el terrorismo nazifascista*. Lima: Empresa Editora Peruana, S.A.
11. Arze y Arze, José Roberto. 1984. *Diccionario biográfico boliviano: figuras bolivianas en las ciencias sociales*. La Paz: Amigos del Libro.
12. ----- 1989. *Historiadores y cronistas*. La Paz: Amigos de Libro.
13. Arze Quiroga, Eduardo. 1985. "Don Manuel Frontaura Argandoña (1906-1985)". *Historia Boliviana* 5, Nos., 1-2, 173-74.
14. Banco de Datos de la Unidad Nacional de Arqueología, La Paz, Bolivia (UNAR). Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku (CIAT). Correspondencia. 1956 y otra antropología (02-144); Ministerio de Educación, "Reglamento de las labores de la Comisión Histórica Nacional," s.d. (c. 1955).
15. Bolivia. Municipalidad de La Paz. 1953. "Ordenanza Municipal No. 00011-53." *Khana*, Vol 1, Nos. 1 y 2 p. 124.
16. Céspedes, Augusto. 1956. "La revisión de nuestra historia (Comentario a la crítica de Fernando Diez de Medina sobre El dictador suicida)". *El Diario*, 15 de diciembre de 1956.
17. ----- . 1995 [1956]. *El dictador suicida: 40 años de historia de Bolivia*. La Paz: Juventud.
18. Condarco Morales, Ramiro. 1965. *Zarate, el temible Willka*. La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos.
19. Cuadros Quiroga, José. 1942. *Movimiento Nacionalista Revolucionario: Sus bases y principios de acción inmediata*. La Paz.

20. Diez de Medina, Fernando. 1956. "El libro de bimestre". *Cordillera 2*, septiembre-octubre de 1956, 76-78.
21. Duara, Presinjit. 1995. *Rescuing History from the Nation: Questioning Narratives of Modern China*. Chicago: University of Chicago Press.
22. Fellman Velarde, José. 1955. *Álbum de la Revolución Nacional: 128 años de lucha por la Independencia de Bolivia*. La Paz: Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura.
23. Flores Moncayo, José, (ed.) 1953. *Legislación boliviana del indio: Recopilación de resoluciones, ordenes, decretos, leyes, decretos supremos y otras disposiciones legales, 1825-1953*. La Paz: IIB.
24. Florescano, Enrique. 2002. *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus.
25. Gotkowitz, Laura. 2000. "Commemorating the Heroínas: Gender and Civic Ritual in Early-Twentieth Century Bolivia". En: *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, edited by Elizabeth Dore and Maxine Molyneux. Durham: Duke University Press.
26. ----- 2007. *A Revolution for Our Rights: Indigenous Struggles for Land and Justice in Bolivia, 1880-1952*. Durham: Duke University Press.
27. Hobsbawm, Eric. 1983. "Introduction: Inventing Tradition". En: *The Invention of Tradition*, edited by Eric Hobsbawm and Terence Ranger, 1-14. Cambridge: Cambridge University Press.
28. Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam, Holanda (IIHS). Colección MNR (MNR). Folletos 1942-97. f. 13-15: Víctor Paz Estenssoro, "Proceso y sentencia contra la oligarquía boliviana" (Buenos Aires, 1948).
29. Larson, Brooke. 2004. *Trials of Nation Making: Liberalism, Race, and Ethnicity in the Andes, 1810-1910*. New York: Cambridge University Press.
30. Mayorga, Fernando. 1985. *El discurso de nacionalismo revolucionario*. Cochabamba: Centro de Información y Documentación para el Desarrollo Regional.
31. Mendoza Loza, Gunnar. 1967. *Problemas de ordenación archivística*. Sucre: Universidad San Francisco Xavier y Archivo Nacional de Bolivia.
32. Montenegro, Carlos. 1955. *Culpables*. La Paz: Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura.
33. ----- 2003 [1943]. *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz: Juventud.
34. Movimiento Nacionalista Revolucionario, Secretaría Ejecutiva del Comité Político Nacional. 1955. *El pensamiento revolucionario de Paz Estenssoro*. La Paz: E. Burillo & Cía.
35. Nora, Pierre. 1989. "Between Memory and History: Les Lieux De Mémoire". *Representations* 26, 7-24.
36. Núñez de Arco A., Carlos. 1946. *Relato grafico de la revolución del 21 de julio de 1946: el pueblo en armas*. La Paz.
37. Oporto Ordóñez, Luis. 2004. *Gunnar Mendoza y la construcción de la archivística boliviana*. La Paz: La Pesada.
38. ----- 2006. *Historia de la archivística boliviana*. La Paz: Fundación PIEB.
39. Ovando Sanz, Guillermo (ed.) 1957. *Una polémica entre Fernando Diez de Medina y Augusto Céspedes en torno a 40 años de historia de Bolivia*. Potosí: Universidad Tomas Frías.

40. ----- 1958. "La fundación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Potosí". *Khama*, Año VI, Vol. II, N° 31 y 32, julio de 1958, 88-98.
41. Rivera Cusicanqui, Silvia. 2003. "El mito de la pertenencia de Bolivia al mundo occidental: réquiem para un nacionalismo". En: *Medio siglo de la Revolución Nacional de 1952*, editado por Danilo Paz Ballivián, 64-103. La Paz: IDIS.
42. Romero, Preigue. 1946. *La cruz de Bolivia: crónica de la revolución de julio de 1946*. La Paz: Editorial Renacimiento.
43. Rossells, Beatriz. 2003. "Después de 'Siempre': sobre las políticas culturales del MNR de 1952". En: *Historias... de la Revolución Nacional*, N° 6, 171-193.
44. Sanjinés G., Alfredo. 1946. *El hombre de piedra y la revolución*. La Paz: Editorial Artística.
45. Tenorio Trillo, Mauricio. 1998. *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, D.F.: El Fondo de Cultura Económica.
46. Thomson, Sinclair. 2003. "Revolutionary Memory in Bolivia: Anticolonial and National Projects from 1781 to 1952". En: *Proclaiming Revolution: Bolivia in a Comparative Perspective*, edited by Merilee Grindle and Pilar Domingo. Cambridge: Harvard University Press.
47. Valencia Vega, Alipio. 1962. *El indio en la independencia*. La Paz: Ministerio de Educación y Bellas Artes.
48. Villarroel Olmos, Gualberto. 1954. *Coronel Gualberto Villarroel: su vida, su martirio*. La Paz: Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura.